

## Prólogo a la segunda edición

Cuarenta ajustados años distancian la reedición de la presente obra de su primera aparición en público en la entonces muy ebullente y prestigiosa Editorial Rialp, pilotada por un mánager cultural de singulares dotes: Florentino Pérez-Embid. En nuestra Edad de Oro diversos escritores –entre ellos, Santa Teresa, admirable en todo– ponderaron la experiencia acumulada durante dicho tiempo como el culmen que le era dable alcanzar a los humanos en la tesaurización de los saberes proporcionados exclusivamente por el transcurrir de los días, con su indeficiente escolta de cambios, mudanzas y transformaciones, pero también de permanencias, inmovilismos y tradiciones. Hoy, probablemente, la mágica cifra tendría que alargarse a tono con la ampliación de la vida en casi todas las sociedades del superpoblado planeta. Ello, sin embargo, no se ha traducido por lo común en un acrecentamiento similar del bagaje vital, debido, entre otras razones, al mayor poder de concentración intelectual e interiorización anímica de los hombres y mujeres de los siglos pasados respecto de los actuales. Empero, en cualquier caso, es lo cierto que, década más década menos, tal tramo cronológico constituye en toda biografía –individual y colectiva– un periodo de obvia trascendencia.

Así lo ha sido, incuestionablemente, en la peripecia particular del autor como en la del país que amaba con fuerza por las fechas en que este libro viera la luz, sin que tal afección se muestre hodierno disminuida. Como los amables editores de la segunda versión de *La Iglesia española ante la revolución liberal* desean que su prólogo sea extenso, a buen seguro que, incluso relucientemente y contra una actitud mantenida de modo casi invariable en toda la producción del autor, se recalará en su texto en diversos aspectos de su vida académica, por lo que será ahora ocasionado no incidir expresamente en ellos, en beneficio así de los atañentes a un plano más sustantivo e importante que el personal. Indudablemente, en esa dimensión, el espacio que distancia la España del llamado tardo-

franquismo de la de la consolidación de la democracia en el arranque del segundo decenio del siglo XXI se descubre muy ancho y dinámico. No hay que descartar, al respecto, que las generaciones más identificadas con la situación advenida con el fin del franquismo y más ufanas de su protagonismo en el último periodo finisecular hayan alzaprimado un tanto las proporciones de dichos cambios, generando una atmósfera que ha penetrado incluso en los estudios de los investigadores sociales más acribiosos y serenos. Pero, incluso en tal supuesto, no puede dejar de subrayarse la intensidad y amplitud del proceso de cambio histórico experimentado por la colectividad nacional durante el segmento cronológico señalado.

Ni ha cambiado de piel ni ha experimentado una mutación de la especie, mas sí ha sufrido renovaciones temáticas y metodológicas de hondo calado. La historiografía contemporaneísta española –pues de ella hablamos y se seguirá haciéndolo hasta el término de estos apuntes proemiales– registra en la curva temporal aludida notorios avances en la mayoría de sus parcelas, con surgimiento de utillaje innovador en gran número de sus áreas y apertura de horizontes críticos en campos si no en barbecho, sí poco roturados conforme a las técnicas que sustentaron la revolución historiográfica de comedios del novecientos. Según se recordará, José María Jover acometió en 1974 un balance del esfuerzo desplegado en el terreno del contemporaneísmo hispano desde el final de la guerra civil de 1936 hasta la fecha en que el catedrático murciano llevase a cabo su deslumbrador trabajo. La cantidad y, en no pocas ocasiones, la calidad de las publicaciones salidas desde entonces de las prensas hacen de todo punto necesario que una empresa de igual porte se realice en nuestro tiempo, más urgido que ninguno de axiologías y clasificaciones rigurosas.

A su espera, el más apresurado recuento de los trabajos y los días de la historiografía eclesiástica de la España reciente ofrecerá, en conjunto, un panorama estimulante. Ha una década, con motivo de aquellas síntesis y balances que gozaron de ostensible presencia en el cruce de un siglo a otro, nos aventuramos a engolfarnos en tan excitante aventura, en un libro al que, por la causa indicada, nos permitimos remitir al curioso lector (J. M. Cuenca Toribio, *Estudios sobre el catolicismo español contemporáneo. III* Córdoba, 2003). A partir de los años citados hasta el

de gracia de 2011, la salud, en términos generales, roborante de esa rama bibliográfica continúa en los mismos parámetros. Algunos campos de estudio se ensancharon; otros ahondaron en extremos capitales y todos, o casi todos, reforzaron sus lazos con geografías próximas: antropología, sociología, disciplinas religiosas –derecho canónico, eclesiología...– y del pensamiento, etc. A través de un afán encomiable y una alertada sensibilidad la historiografía eclesiástica de la edad contemporánea se ganó en los lustros precedentes el crédito que hoy usufructúa en la academia española. Globalmente, sólo con injusticia cabe hablar ya de pariente pobre de Clío y de su infirme status científico, como era normal –y no demasiado injusto– en épocas no muy lejanas...

La ufanía aquí, como en cualquier faceta intelectual o científica, no resulta, sin embargo, aconsejable. La senda recorrida en el tiempo acotado en estas líneas fue sin ninguna duda considerable, pero en manera alguna para inducir al conformismo. Aún queda mucho trecho antes de que se alcance el nivel medio que presentan en Francia, Italia o el Reino Unido las investigaciones en torno a su pasado religioso. Nada más ilustrativo al respecto que lo acontecido en fechas muy próximas con el ambicioso y loable proyecto de escribir una historia completa de las diócesis y archidiócesis de la península y sus dos archipiélagos. El proyecto no ha podido culminarse en su totalidad, y, globalmente, su saldo no es el esperado de la nombradía de algunos de sus autores ni del nivel medio de la bibliografía eclesiástica del despuntar de la centuria actual. Con menos *vehementia cordis* y *esprit de repartie* de sus asiduas –y muy seguidas...– colaboraciones periodísticas, el acreditado crítico e insuperable conocedor de una extensa porción de la fisonomía religiosa de la contemporaneidad española, el pontevedrés Francisco José Fernández de la Cigoña lo sentenció así de forma casi inapelable por la solidez y perspicacia de su pluma, poco sospechosa o inclinada a sombrear y aun menos a oscurecer el pasado de nuestro país.

Como es habitual en España, el paisaje eclesial transitado hasta el momento por el quehacer de los estudiosos se distingue más por la notabilidad o esplendor de algunos de sus tramos, que por su tónica de conjunto, debido todavía a los estragos que en él prosiguen causando *amateurs* e iluminados a la husma de argumentos para sus desbarros y elucubraciones. El ciclópeo trabajo de dos sobresalientes conocedores de

la Iglesia hispana en su andadura contemporánea, José Andrés Gallego y Antón Pazos, con relación a la puesta a punto del copioso e interesante –en algunas cartas, decisivo para el desentrañamiento de numerosas claves del conflicto– epistolario de la guerra civil del cardenal Gomá, rematado –13 tomos– cuando estos renglones se emborronan, implica desde todos los ángulos una magna aportación a la historia eclesiástica y general de la contienda. La tarea documentalista proseguida a ritmo casi frenético por nuestro antiguo doctorando, el monseñor vaticanista Cárcel-Orti sólo merece aplauso y gratitud por su volumen, riqueza e importancia. Con perfiles no menos sobresalientes hace su camino la labor que encabeza y dirige desde la antigua *Complutum* el catedrático salmanticense Feliciano Montero, al poner meticoloso *aproche* a múltiples extremos del acontecer religioso de la Segunda República y el franquismo, con particular incidencia en los políticos y en los inscritos en el marco de las relaciones Iglesia-Estado. En dicha esfera se incardinan numerosos estudios que tienen por autor a uno de los contemporaneístas de más sólida planta: Juan Bautista Vilar, quien, en compañía de sus dos hijas, está en posesión de una bibliografía envidiable en la materia, en particular, en la reconstrucción de los avatares y difíciles vicisitudes que jalonan la historia de la Reforma en la España de los últimos doscientos años. En el terreno de los seniores, la historiografía eclesiástica de la etapa contemporánea se beneficia, como en la fase de su seronda madurez, de los afanes del que quizá sea el profesional de Clío con una hoja de servicios más cuajada y admirable en la materia que nos ocupa. Éste, claro está, no es otro que el sacerdote jesuita Manuel Revuelta González, cuya tesis doctoral precede con toda justicia a la obra aquí prologada, en la “recuperación” emprendida con todo calor y entusiasmo por el muy destacado Servicio de Publicaciones de la Fundación San Pablo CEU.

Afortunadamente, hay más nombres y empresas dignas de encomio en el campo de la historia religiosa de los anales contemporáneos de nuestra patria. Nombres sobre todo de jóvenes investigadores que en el cuadro de Institutos como el benemérito “Padre E. Flórez”, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, o el de la Universidad de Navarra, y asimismo en el de seminarios y departamentos universitarios en los que el pasado eclesiástico no se encuentra vetado o marginado, incorporan sin pausa nuevos y valiosos títulos a la publicística de la rama mencionada. En términos muy escuetos y, por ende, deformadores, quizá cabría afirmar

que, de ordinario, sus metas se centran en el análisis de las vertientes más controvertidas del pasado inmediato, con muy loable y explicable afán, pero también en ocasiones muy expuesto a deturpaciones que, de sólo, únicamente una larga permanencia en el tajo permite soslayar o, cuando menos, atemperar. Pues no ha de olvidarse que, dentro del terreno potencial y, muy a menudo, efectivamente más explosivo del cultivo historiográfico –la época contemporánea–, el religioso se ofrece con alta frecuencia como el más minado por la polémica y la descalificación ideológica. Sólo con aljabas bien repletas y el dominio de ciertos “usos” del oficio de Clío será ágil sortear los apriorismos y unilateralidades con los que se visualiza, desde áreas acostumbradas de antiguo al otorgamiento de credenciales de legitimidad intelectual, el trabajo realizado en el campo aquí abordado. Los ejemplos son tan abundantes que resulta ocioso detenerse en su enojosa reseña.

Por lo demás, tampoco conviene silenciar en punto de semejante relevancia el debe que ha computarse en el despliegue de la historiografía eclesiástica contemporánea en tan pesaroso estado de cosas. Desdichadamente en los momentos en que había alcanzado su mayoría de edad y comenzado a granjearse el respeto de las disciplinas colindantes, la cultura española de las postrimerías del novecientos retornó a sus demonios familiares, galvanizándose y tensionándose con vigor que semejava retrotraerse a tiempos de maximalismos e intransigencias extremas. La historiografía a la que nos referimos en este escrito fue de las primeras y principales víctimas del lamentable *tournant*, sin que, de su lado, supiera eludir, en numerosas ocasiones, la militancia a la que la forzaban los sectores con mayor presencia en los medios conservadores. En tal deriva, llegaron de nuevo a florecer los trabajos hagiográficos y de trinchera partisana..., abonando un suelo por entero estéril al crecimiento y desarrollo de cualquier historiografía y, de modo singular y muy específico, la religiosa. Con todo, es de esperar que la crispación que se enseñorea hoy de la vida pública y la cultura españolas ceda en los años venideros, y la actividad historiográfica se encarrile por raíles de mínima asepsia y neutralidad científica.

Dentro de su global modestia y, si se quiere, insignificancia, el libro lanzado de nuevo al público constituye un patente ejemplo de lo pasajero y fugaz de ciertas modas intelectuales. Durante la fase tal vez de mayor

hegemonía de las corrientes marxistas en la publicística nacional, etapa en que, conforme resulta harto sabido, la tesis y concepto de “revolución burguesa” gozaban de predicamento casi absoluto en el análisis del proceso de construcción de la identidad española contemporánea, muy escasas voces y plumas defendieron, como más propios del curso y sentido de los acontecimientos sucedidos en nuestro país, la noción y término de “revolución liberal”, hodierno empleado *urbi et orbi*. (Frente a cualquier tentación de videncia o vanidad por parte del autor, se traerá a colación, entre otras muestras, su fe en las aplicaciones de la teoría freudiana en el mundo de la disciplina histórica, creencia desmentida hasta la fecha, al menos en las proporciones e intensidad en que se pronosticaba en el umbral del presente libro cuarenta años atrás...)

Tal vez en dicho enfoque resida uno de los escasos aciertos que es posible espigar en sus páginas. En su capítulo de mayor ambición –el primero: “La desarticulación de la Iglesia española del Antiguo Régimen (1833-1840)”–, dicho planteamiento permitió quizá analizar con más propiedad ya que no agudeza el hecho desamortizador. Un muy famoso en la época historiador del Derecho –(amigo, por otra parte, del abajo firmante, conforme éste relata *in extenso* en unas memorias universitarias inéditas en casi su integridad)– acaso deformó una amplia porción de su relato del mismo suceso en un libro coetáneo, cuya envidiable difusión y generalizada aceptación de sus conclusiones lo convirtieron en la versión canónica de aquel episodio auténticamente crucial en el proceso modernizador de la sociedad española de ha dos siglos. Serenadas las características y hasta saludables polémicas de un segmento de nuestro reciente pasado de feliz memoria por su vigor intelectual, a la altura del tiempo quizá sea legítimo y no del todo equivocado ratificar lo esencial de las hipótesis expuestas en la obra de referencia que no es otra que la revisitada *hinc et nunc*...

Su autor tampoco tendría demasiado empacho en otorgar alguna vigencia al segundo de los estudios –“La jerarquía eclesiástica en el reinado de Isabel II”– que componen el texto que ahora prefaciamos. Si es permitido abrir un poco la espita de la intimidad en un marco tan acertadamente severo como el de Clío, diría el escritor que son unas de sus páginas cuya relectura no le provoca excesiva reserva o malestar. Siempre es reconfortante conocer o dialogar con gentes vocacionadas,

de autoexigencia elevada y prestas a cumplir hasta el agotamiento los deberes de su cargo. Con pocas excepciones, el episcopado de comedios del ochocientos fue un grupo social atendido a dichas características. Con menor brillantez y cultura que el que protagonizara la crisis del Antiguo Régimen y acaso también más desvaído que el finisecular, distinguiose ante todo por su abnegada, absoluta entrega a una labor configurada anteriormente en su mayor parte por los obispos que en el sexenio fernandino delinearon el modelo de restauración religiosa reproducido con muy escasas variantes, pero sí con adaptaciones –de igual modo, reducidas...– en las restantes restauraciones que, como respuesta a coyunturas revolucionarias, jalonaron el itinerario eclesial posterior. (Cf. nuestro artículo “La Iglesia española en 1814”, próximo a publicarse en compañía de otros en el volumen V de *Estudios sobre el catolicismo español contemporáneo*. Córdoba, 2012).

Mentalidad y programa contrarrevolucionarios que, en los decenios centrales del Diecinueve, afrontaron la difícil tesitura dibujada por la desamortización y la ruptura con Roma a causa del pleito sucesorio, pero que aun así no cabe comparar con la ofrecida al término de la guerra de la Independencia, crisis de magnitud muy superior al afectar a todos los estratos de la existencia nacional. En el ideario de los prelados de tiempos de Isabel II el traumático envite significado por la década de las regencias no constituía más que el retorno o la continuación del proceso revolucionario al que sus antecesores de inicios de la centuria habían dado una réplica completa, no necesitada, por tanto, de reformulaciones, sino de esfuerzos ahincados por atajar un mal de dimensiones crecientemente mayores. Pertenecientes, pues, a una generación eclesiástica más de gestores y burócratas que de ideólogos y doctrinarios, los miembros de la jerarquía eclesiástica isabelina desarrollaron una tarea casi hercúlea en la reorganización de una Iglesia remecida *de fond à comble* por el final de la crisis del Antiguo Régimen que sentó las bases del catolicismo español durante los cien años ulteriores. Sea cuál sea la opinión que suscite su actuación y sus efectos en la vida española de ese periodo, el entusiasmo y energía consagrados a la realización de la tarea en un mundo que cambiaba de bases, son, sin duda alguna, acreedores al aplauso. En una etapa como la acabada de mencionar –objeto quizá de la más permanente y acerada censura de todas las que integran la contemporaneidad

española–, fueron muchas, no obstante, las empresas que rivalizaron en ánimo y tensión por ver materializados sus objetivos. La acometida por la jerarquía eclesiástica se situará siempre y desde cualquier ángulo en puesto de vanguardia.

Los restantes capítulos del libro que ahora vuelve a tener los honores de la edición vienen a ser, en esencia, una dilatada ejemplificación de lo mantenido en el terminado de escoliar. Casi todos tienen por “héroes” o protagonistas a prelados que se erigieron en campeones y guías de sus compañeros de episcopado, debido a su llamativa sagacidad para *signa temporum scire* –caso del cardenal guadalajareño Judas José Romo–; el sorprendente tesón y pugnacidad en la defensa de su trabajo pastoral, a la manera del arzobispo castellonense Costa y Borrás, o, por último, el esfuerzo denodado y discreto por encarnar el Evangelio en las nuevas realidades alumbradas por la verdadera eclosión de la modernidad, conforme el testimonio abulense y cordobés del obispo murciano Juan Alfonso de Alburquerque deja constancia.

La obra se cierra con el análisis de la actitud de los dos episcopados más importantes del país en la crucial coyuntura en que se desenvolviera el fin de la monarquía isabelina. En adelante –y sin que en el proceso se atalaye, siglo y medio después, fecha de caducidad– Cataluña se reveló como la región en todo momento decisiva cara a los destinos españoles, al paso que Andalucía, hasta entonces relativamente hegemónica en la marcha de la nación, encontró en la Gloriosa el comienzo de una postración a la que ciento cincuenta años más tarde no se le vislumbra término. Tomar, pues, la temperatura de las tres archidiócesis integradas en el conjunto de ambos territorios en un escenario que iba a someter a dura prueba los planteamientos de la jerarquía, enfrentándola a nueva situación revolucionaria, se ofrecía, al filo del centenario de la Septembrina, como un excitante desafío. Lo mejor y lo peor del episcopado isabelino se pusieron al descubierto en el Sexenio democrático, en el instante mismo en que el país ponía ya rumbo definitivo hacia su modernización. El estudio ve acrecentada su trascendencia al reparar que buena parte de los obispos aludidos en los trabajos indicados ocuparía igualmente un notorio lugar en la cuarta de las restauraciones religiosas de los anales de la contemporaneidad hispana. (Curiosa y algo quizá también sintomáticamente, la cuarta



restauración monárquica anotada en la historia española no se encontró acompañada de ninguna de signo religioso, tanto en el protagonismo de los prelados como de los seglares...).

A la altura de los años setenta de la centuria anterior, con una historiografía eclesiástica y, en una dimensión más amplia y exacta, religiosa *in fieri*, en pleno proceso de construcción y a la búsqueda acezante de un lugar al sol y un estatuto de cualificación académica, acaso no podría exigirse mucho más a las materias, metas y métodos que condujeron a la redacción de los siete artículos recogidos en las presentes páginas. En líneas generales, la crítica de la época las enjuició con benévolo criterio, que, en el inicio de la ilusionada carrera de un aprendiz de historiador que soñaba por entonces con una maestría en el oficio de Clío –ambición no mucho después abandonada ante la fragilidad propia y la rudeza de la prueba...–, éste acogió con viva gratitud. Sin embargo, siempre fue el primer advertido de las numerosas deficiencias y errores de información e interpretación que las deslucían, algunos de los cuales cabría quizá con todo endosar a su índole pionera, muy subrayada por comentaristas y críticos bibliográficos, e igualmente a la falta de una adecuada contextualización, producto de la ausencia de obras bien cimentadas y de garantida autoridad como indispensables referentes.

En la hora de su reedición, es fácil imaginar –y exigir...– que al menos una parte de dichas manquedades y faltas se subsanen, habida cuenta de unas aljabas más rellenas del lado del autor y, en especial, de un corpus documental y un acervo publicístico muy superior a los existente cuando viera la luz por vez primera. Así, pues, se está muy ocasionado para acometer una tarea tan pertinente como plausible. Empero, no se emprenderá... No, por descontado, por una muy censurable falta de respeto al lector, sino porque ello implicaría, en diversos extremos, rehacer con drástico rasero diversos contenidos con la finalidad de “limpiar” ciertos textos o allegar nuevas pruebas con el propósito de fundamentar las conclusiones con materiales de mayor fuerza probatoria. Labor que desborda ahora las capacidades del autor y que, pese a todo, tal vez no modificase en sus lineamientos medulares las eventuales aportaciones con las que la obra llevase su modesto tributo a una empresa de la que, de otra parte, se da cuenta y razón detalladas en un volumen citado más arriba y en otro con el que se pone fin al presente:

*Historia de la historiografía española* (Madrid, 2ª, 2005), dirigida por un sobresaliente especialista en historia religiosa y social, J. Andrés Gallego, y en el que tuvimos el honor de participar con una colaboración acerca del periodo contemporáneo.

Unas páginas impregnadas acaso con exceso de intimidad no desentonará quizá epilogarlas con la expresión de un sentimiento nunca redundante como el de la gratitud. Tan próximo siempre al tajo del historiador, el que suscribe experimenta una viva satisfacción al reconocer la cuantiosa deuda afectiva con las instituciones y, singularmente, con las personas que con su generosa actitud facilitaron la segunda travesía de la navecilla en cuya primera singladura tanta ilusión depositara.

J. M. C. T.

Córdoba, Semana Santa del 2011